

LOS DESAFÍOS DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN:
ENCUENTRO CON JESUCRISTO
Y SOLIDARIDAD CON NUESTROS HERMANOS
(REFLEXIONES CON OCASIÓN DE LA
V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO
LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE)

[THE CHALLENGES OF THE NEW EVANGELIZATION]

MONS. ALFONSO MONROY

SUMARIO: 1. LA TEOLOGÍA DE LA EVANGELIZACIÓN. 2. JESUCRISTO, PRIMER EVANGELIZADOR. 3. EL ENCUENTRO PERSONAL CON JESUCRISTO, EVANGELIO DEL PADRE. 3.1. *¿Dónde y cómo encontrar a Jesucristo?* 4. CULTURA CRISTIANA Y SOLIDARIDAD HUMANA. 5. CAMINOS PARA LA SOLIDARIDAD. 6. LA ESTRELLA DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN.

Resumen: El A. ofrece unas reflexiones teológicas con ocasión de la preparación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Estas reflexiones se centran en la naturaleza teológica de la evangelización. Tras enumerar el itinerario seguido por las anteriores Conferencias Generales como marco en el que situar la V Conferencia General, Monroy destaca el carácter cristocéntrico de la Evangelización y llama la atención sobre Jesucristo como Evangelio del Padre y primer evangelizador. La evangelización pide, antes que nada, que los evangelizadores encuentren a Jesucristo y provoquen, además, el encuentro con Cristo. Las

Abstract: The author offers these reflections on the Fifth General Conference of the Bishops of Latin America and the Caribbean. Following a commentary on the course of the previous General Conferences as a framework for the Fifth General Conference, Monroy emphasizes the Christocentric character of Evangelization and draws attention to Jesus Christ as the Gospel of the Father and the first Evangelist. Above all, the Gospel demands that evangelizers search for Jesus Christ and help to find Him. The final pages show how this encounter, when authentic, becomes a source of Christian culture

páginas finales están dedicadas a mostrar cómo este encuentro, cuando es auténtico, se convierte en fuente de cultura cristiana y de solidaridad humana, ya que el Evangelio enseña a amar al hombre en su concreta humanidad.

Palabras clave: Evangelización, Iglesia en Latinoamérica, Cultura cristiana, Solidaridad.

and human solidarity, as the Gospels teach love of man is his concrete reality.

Keywords: Evangelization, Latin American Church, Christian culture, Solidarity.

En 2007 —en un lugar y en una fecha que todavía no han sido anunciados— se celebrará la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (CELAM) que, como ha sucedido en las cuatro anteriores Conferencias —Río de Janeiro en 1955, Medellín en 1969, Puebla en 1979 y Santo Domingo en 1992—, desea despertar en la Iglesia de ese Continente un compromiso de evangelización que se encarne mejor en las necesidades sociales, culturales y económicas de los pueblos latinoamericanos.

Los obispos de Latinoamérica, que junto con el Santo Padre han comenzado ya la fase de preparación de esa V Conferencia General, son conscientes de que al inicio del tercer milenio de vida cristiana hay nuevas tendencias económicas e ideológicas que, aunque propician mejores posibilidades de desarrollo para los hombres, también fomentan modos de vida efímeros y carentes de un auténtico sentido de la vida.

Por eso desean en la próxima Conferencia replantear con más profundidad la urgencia de todo cristiano de convertirse en un verdadero discípulo de Jesucristo, enviado por Él para ser apóstol de una nueva evangelización que, con renovado amor y nuevos métodos, consiga implantar el Evangelio en la vida y en la conciencia de todos los hombres y mujeres de América Latina.

Se trata, por tanto, de dar continuidad a las anteriores Conferencias Generales y, también, a los diversos actos con los que el Papa Juan Pablo II quiso conmemorar los 500 años del inicio del Evangelio en América.

En efecto, hace algunos años —concretamente en 1992— celebrábamos en el Continente Americano el V Centenario del inicio de la predicación del Evangelio en nuestras tierras. Gracias a la acción pastoral que

aquellos primeros evangelizadores realizaron a lo largo y a lo ancho de todo el Continente, han sido y son innumerables los fieles nacidos a la vida de la gracia. Hace ya más de 500 años el nombre de Cristo comenzó a ser anunciado en esas tierras como consecuencia del deber inculcado por el Señor a sus Apóstoles antes de su Ascensión al cielo —«proclamad la buena nueva a toda la creación» (Mc 16, 15)—, y el resultado ha sido ese don de la fe que hemos recibido del Señor, y que ha ido forjando la identidad cristiana del Continente americano.

Precisamente el mismo día en que se cumplían los 500 años del comienzo de la Evangelización en América, el 12 de octubre de 1992, y teniendo presente el Jubileo con el que la Iglesia celebraría los 2000 años de la Encarnación del Hijo de Dios, el Santo Padre Juan Pablo II manifestaba su deseo de preparar al pueblo latinoamericano para «entrar gallarda y decididamente en el tercer milenio del cristianismo»¹. En esta perspectiva, hacía al mismo tiempo la propuesta de un encuentro Sinodal con los Obispos del Continente que permitiera a la Iglesia que peregrina en América, en un preciso momento histórico, responder generosamente a su misión fundamentalmente evangelizadora. Como señalaba después el mismo Pontífice, «la acogida positiva que los Episcopados de América dieron a esta propuesta, me permitió anunciar en la Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente* el propósito de convocar una asamblea sinodal “sobre la problemática de la nueva evangelización en las dos partes del mismo Continente, tan diversas entre sí por su origen y su historia...”. Entonces se iniciaron los trabajos preparatorios propiamente dichos, hasta llegar a la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para América, celebrada en el Vaticano del 16 de noviembre al 12 de diciembre de 1997»².

Efectivamente, la Iglesia en América Latina, después de 500 años de evangelización, y entrado ya el tercer milenio de la era cristiana, se encuentra con graves dificultades: unas originadas por los cambios generales del mundo moderno, y otras por las peculiares circunstancias locales. En las grandes ciudades latinoamericanas, siempre en crecimiento, se manifiestan los problemas del secularismo, de la indiferencia religiosa y

1. JUAN PABLO II, *Discurso de inauguración de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, celebrada en Santo Domingo del 12 al 28 de octubre de 1992: cfr. AAS 85 (1993).

2. JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Ecclesia in America* 2.

del ateísmo práctico; se deterioran los valores humanos y cristianos, crece la corrupción, se expande la violencia y el narcotráfico, y en muchos casos se rompe la unidad de la fe, ocasionando que muchos latinoamericanos abandonen la Iglesia y se pasen a las sectas³.

Además, como señalaba con claridad el Arzobispo de Santo Domingo, Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez poco antes de celebrarse la IV Conferencia, «los eternos enemigos de la fe católica, siempre al acecho y resentidos históricamente por su alejamiento deliberado de nuestros territorios y por su rechazo secular entre nuestras gentes, han visto y ven en el V Centenario una ocasión propicia para tergiversar y denostar la primera evangelización y a la Iglesia Católica, protagonista de ella»⁴.

Se trataba —decía en esa ocasión— de «los grupos residuales marxistas», que intentan aprovechar la ocasión para seguir «agitando y apoyando graves reivindicaciones de nuestros grupos indígenas y afroamericanos, y haciendo al mismo tiempo curiosas acusaciones al proceso evangelizador»; de los grupos «hipercríticos, ácidos y desazonados», que no desean otra cosa que «propalar sus inconformismos y ventear sus utopismos imposibles»; de «los grupos ingenuos y acrílicos», que aprovechan la ocasión para «el enconamiento de viejas heridas y revitalización de estériles hostilidades».

Al mismo tiempo, sin embargo —señala el mismo Cardenal López Rodríguez—, no faltaban quienes «con sensatez, reconociendo todos los errores y pecados cometidos, pero orgullosos del don de la fe recibida y agradecidos a los evangelizadores del Continente, proclaman y defien-

3. Cfr. *Documento de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: Nueva Evangelización, promoción humana y cultura cristiana*, Ed. Paulinas, Madrid 1993, 9. Cfr., también, las *Proposiciones finales aprobadas por la Pontificia Comisión para América Latina* en su IV Reunión Plenaria celebrada en el Vaticano del 19 al 23 de junio de 1995, en «Los Evangelizadores», Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1996. Sobre la proliferación de las sectas en América Latina cfr. CARDENAL ÓSCAR RODRÍGUEZ MADARIAGA, «El desafío de las sectas», en *Iglesia en América. Al encuentro de Jesucristo vivo, Actas de la Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina celebrada en el Vaticano del 20 al 23 de marzo de 2001*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2001, 115-117.

4. N. DE J. LÓPEZ RODRÍGUEZ, «El V Centenario del comienzo de la Evangelización del Nuevo Mundo visto desde América: los desafíos de la Nueva Evangelización», en *Actas del Simposio Internacional organizado por la Pontificia Comisión para América Latina en el Vaticano del 11 al 14 de mayo de 1992*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1992, 35.

den que el V Centenario de la Evangelización es una convocatoria única, a las puertas de un nuevo milenio, para descifrar el presente y definir el futuro, anudando fuertemente cuanto nos une a los pueblos —que es lo más— y haciendo desaparecer cuanto nos separa»⁵.

Las veintidós Conferencias Episcopales de América Latina, a trece años de la Conferencia de Puebla y a veinticuatro de la Conferencia de Medellín, y pisando ya los umbrales del Tercer Milenio, veían en el V Centenario una ocasión y un estímulo para reflexionar sobre la situación del momento, delineando y programando la Nueva Evangelización que esa situación requiere. Escuchando el clamor de los pobres, de los indígenas, de los afroamericanos, fijan de nuevo su atención en el Señor de la Iglesia, centrando el Documento que elaboran en la Conferencia de Santo Domingo en la figura de Jesucristo Evangelio del Padre, Jesucristo Evangelizador viviente de su Iglesia, Jesucristo vida y esperanza de América Latina⁶.

1. LA TEOLOGÍA DE LA EVANGELIZACIÓN

Es de especial interés notar que el Documento de Santo Domingo se centra fundamentalmente en una reflexión doctrinal y pastoral sobre la Evangelización —siguiendo las líneas directrices de la Exhortación Apostólica «*Evangelii nuntiandi*»— construida alrededor de Jesucristo Evangelizador, y teniendo como telón de fondo la celebración del V Centenario.

En 1983, en Haití, el Papa Juan Pablo II había utilizado por primera vez el término «Nueva Evangelización», con claras características de proyecto y de proclama para toda América Latina: «es necesaria —son sus palabras— una Evangelización Nueva; nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión»⁷. El Romano Pontífice volvía a confirmar y precisar esta perspectiva en su Discurso programático a la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Santo Domingo: «el Cen-

5. N. DE J. LÓPEZ RODRÍGUEZ, «El V Centenario...», cit., 35-36.

6. Cfr. los títulos del *Documento de Santo Domingo*.

7. JUAN PABLO II, *Discurso a la Conferencia del Episcopado Latinoamericano* en Port-au-Prince (Haití), el 9 de marzo de 1983.

tenario de la primera evangelización nos convoca, pues, a una Nueva Evangelización de América Latina, que despliegue con más vigor —como la de los orígenes— un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión»⁸.

Fieles a los horizontes planteados por el Santo Padre, los Obispos latinoamericanos son conscientes de que Nueva Evangelización significa evangelizar con un nuevo espíritu y de acuerdo a la nueva conciencia que la Iglesia tiene de sí misma y de su misión; significa evangelizar de modo integral la persona y la cultura, dando a los diversos aspectos de la vida humana una importancia jerarquizada; significa reavivar la fe en grupos enteros de bautizados que han perdido su sentido vivo o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia. Buscan, por tanto, una Nueva Evangelización que sea, sobre todo, una llamada a la conversión y a la esperanza en un Continente con muchas dificultades⁹.

Señalan claramente que esta Nueva Evangelización sólo puede desarrollarse a partir del misterio de Cristo, de su actividad evangelizadora y mesiánica como Redentor de los hombres. El Evangelio que la Iglesia predica no es, en efecto, una ideología cualquiera, y ni siquiera únicamente un mensaje, por muy atractivo que pueda ser, sino una Persona viva, el Hijo de Dios encarnado, crucificado y resucitado.

Jesucristo no es sin más el fundador de una religión, sino el Mesías, el Salvador enviado por el Padre para llevar a cabo un proyecto de salvación permanente y totalizante, que tiene su expresión en la Iglesia de Jesucristo. «En Cristo todo adquiere sentido. Él rompe el horizonte estrecho en el que el secularismo encierra al hombre, le devuelve su verdad y dignidad de hijo de Dios, y no permite que ninguna realidad temporal, ni los Estados, ni la economía, ni la técnica, se conviertan para los hombres en la realidad última a la que deban someterse. Dicho con palabras de Pablo VI, evangelizar es anunciar “el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret, hijo de Dios” (*Evangelii nuntiandi* 22)»¹⁰.

8. JUAN PABLO II, *Discurso de inauguración de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* celebrada en Santo Domingo.

9. Cfr. *Documento de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano* 23-30.

10. *Documento de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* 27.

De hecho, a partir de entonces en América Latina la Cristología se fija cada vez más —siguiendo en esto también a Juan Pablo II— en «Cristo Evangelizador», dejando en cierto modo a un lado la figura de «Cristo Libertador». Esta Cristología específica, que forma parte de la Teología de la Evangelización, tiene una especial proyección en los pueblos latinoamericanos, donde las Iglesias están especialmente sensibles con el programa de la Nueva Evangelización a la que el Papa las convocó por primera vez en Haití.

De este modo, la Teología de la Evangelización ilumina con sus aportes específicos el discurso histórico, ofreciéndole un marco de reflexión mucho más profundo y enriquecedor que, al trascender el hecho concreto del 12 de octubre de 1492, descubre las motivaciones que explican la floreciente vida de la Iglesia en América Latina. Apelando a esta teología, Juan Pablo II subrayaba poco antes de la Conferencia de Santo Domingo que «lo que la Iglesia celebra en esta conmemoración no son acontecimientos históricos más o menos discutibles, sino una realidad espléndida y permanente que no se puede subestimar: la llegada de la fe, la proclamación y difusión del mensaje evangélico en el Continente. Y lo celebra en el sentido más profundo y teológico del término: como se celebra a Jesucristo, Señor de la historia y de los destinos de la humanidad, “el primero y más grande evangelizador”, ya que Él mismo es el “Evangelio de Dios” (*Evangelii nuntiandi* 7)»¹¹.

A partir de entonces se puede vislumbrar, quizá, un intento de los Obispos latinoamericanos de adoptar, en lugar de otras, esta denominación de Teología de la Evangelización, «que resulta más expresiva, más eclesial y más connatural a América Latina: un nombre que en realidad absorbe perfectamente e incluye otras denominaciones tan en boga, como “Teología de la liberación”, “Teología de los excluidos”, “Teología india”, etc. ... “Teología de la Evangelización” es un término que podría muy bien sustituir a los otros en nuestro lenguaje eclesial»¹².

11. JUAN PABLO II, Angelus del 5.I.1992, en *L'Osservatore Romano* del 10.I.1992 (edición semanal en español).

12. C. CALDERÓN, «La Pontificia Comisión para América Latina de cara al año 2000», en *Los Evangelizadores*, Libreria Editrice Vaticana, 24. Sobre la situación actual de la teología de la liberación en América Latina, cfr. CARDENAL A. LÓPEZ TRUJILLO, «Teología de la liberación. Situación en América Latina, perspectivas», en *Iglesia en América. Al encuentro de Jesucristo vivo, Actas...*, 59-69.

2. JESUCRISTO, PRIMER EVANGELIZADOR

Esta perspectiva teológica permite ver los acontecimientos desde el núcleo mismo del misterio de la salvación, revelado para toda la humanidad en el Verbo Encarnado, en el que quedaron asumidos para siempre los pueblos de América Latina¹³. Es precisamente Cristo, Evangelio del Padre, quien confiere entera actualidad —no sólo histórica, sino sobre todo teológica y pastoral— a los actos y gestos evangelizadores de la primera época, y quien llama a la Iglesia de hoy a reconocerse a sí misma en esa tradición viva de evangelización y santidad, invitándola a asumir el compromiso de una Nueva Evangelización «que continúe y complete la obra de los primeros evangelizadores»¹⁴.

Jesucristo es el primero y más grande Evangelizador: «lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena»¹⁵. Él es la Palabra del Padre y el esplendor de su gloria; en Él se contienen todos los tesoros de la divinidad y es Él quien ocupa el centro del designio salvador de Dios, que se coronará cuando Él mismo venga con gloria al fin de los siglos¹⁶. El Señor Jesús, que vivió entre los hombres en un momento preciso del tiempo, continúa su tarea redentora, su Evangelio, a través de los siglos. Ha querido quedar presente en la Iglesia, de manera que su verdad, su vida y su amor fueran comunicados de hombre a hombre como un Evangelio, en el servicio de caridad que es la acción apostólica de la Iglesia¹⁷.

Precisamente el modelo que se propone para la Nueva Evangelización es el de Cristo: es en Él donde la Iglesia se ha inspirado siempre, y donde nuestra tarea evangelizadora deberá encontrar su fuente. «La acción liberadora de Jesús se propone como modelo paradigmático. Es necesario sobre todo liberar al hombre del Espíritu de la impureza y de la locura, de todas aquellas nefastas influencias que lo apartan de la convivencia con los demás hombres y lo mantienen atado, plegado en sí mismo, para así devolverlo de manera original y fundamental a su consciencia y libertad res-

13. Cfr. *Documento de Santo Domingo* 2-3.

14. JUAN PABLO II, *Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*.

15. PABLO VI, *Exhortación Apostólica Evangelii nuntiandi* 7.

16. Cfr. *Documento de Santo Domingo* 1-3.

17. Cfr. *Documento de Santo Domingo* 6-7, 10-12.

ponsables. Ésta fue la primera acción de los misioneros hace 500 años: liberar de los ídolos para reconducir hacia el Dios vivo y verdadero. Se trata de una acción siempre actual, porque las insidias personales y organizadas contra la verdad y la libertad se multiplican continuamente»¹⁸.

En perfecta continuidad con esta línea de pensamiento, el Papa Juan Pablo II anunció que el tema de la Asamblea especial del Sínodo de Obispos para América Latina sería: *Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América*. De este modo se ponía en evidencia la centralidad de la persona de Cristo en la vida de la Iglesia, y la necesidad del encuentro personal con Él como punto de partida del programa exigido por la Nueva Evangelización.

Al mismo tiempo el Papa manifestaba —citando su Discurso de apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano— que «la Iglesia, ya a las puertas del tercer milenio cristiano y en unos tiempos en que han caído muchas barreras y fronteras ideológicas, siente como un deber ineludible unir espiritualmente aún más a todos los pueblos que forman este gran Continente y, a la vez, desde la misión religiosa que le es propia, impulsar un espíritu solidario entre todos ellos»¹⁹.

En efecto, recalcando la unidad de identidad cristiana que une todo el Continente americano, y expresando el firme deseo de fortalecer los lazos de comunión y solidaridad entre todos los pueblos de América, el Papa quiso que «la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos dedicara sus reflexiones a América como una realidad única. La opción de usar la palabra en singular quería expresar no sólo la unidad ya existente bajo ciertos aspectos, sino también aquel vínculo más estrecho al que aspiran los pueblos del Continente y que la Iglesia desea favorecer, dentro del campo de su propia misión dirigida a promover la comunión de todos en el Señor»²⁰.

El Santo Padre había expresado ya este mismo deseo al inaugurar la Conferencia de Santo Domingo²¹, y aunque son evidentes las diferencias étnicas, lingüísticas, culturales, etc. que existen en el Continente, «se trata justamente de que nosotros los Pastores hagamos el esfuerzo por com-

18. CARDENAL J. RATZINGER, «Jesucristo Evangelizador», en *Iglesia en América. Al encuentro con Jesucristo vivo, Actas...*, 56.

19. JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Ecclesia in America* 5.

20. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 5.

21. JUAN PABLO II, *Discurso de inauguración de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* 17.

prender mejor estas situaciones, conocernos más e intercambiar las ricas experiencias que existen y nos consideremos corresponsables de la suerte de nuestros pueblos. Pienso, además de la movilidad que se percibe entre nuestros pueblos de América Latina..., en la presencia de millones de hispanos y americanos de origen africano en los Estados Unidos y Canadá»²².

3. EL ENCUENTRO PERSONAL CON JESUCRISTO, EVANGELIO DEL PADRE

«Jesucristo es el punto de partida y de llegada para la conversión personal y social, y para la solidaridad y la comunión, así como también el encuentro con Él es el punto de partida y de llegada de la tarea de la Nueva Evangelización»²³. En efecto, toda tarea evangelizadora se fundamenta siempre en la seguridad que tiene la Iglesia —basada en la promesa misma que Cristo nos ha hecho— de que Él, nuestro Salvador y Redentor, sigue viviendo y actuando entre nosotros: «yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Esta presencia de Cristo en su Iglesia no supone sólo la garantía de poder realizar la misión por Él mismo confiada, sino también la posibilidad de encontrarnos «con Él, como Hijo enviado por el Padre, como Señor de la Vida que nos comunica su Espíritu. Un encuentro renovado con Jesucristo hará conscientes a todos los miembros de la Iglesia en América de que están llamados a continuar la misión del Redentor en esas tierras»²⁴. El encuentro con Cristo conduce a cada uno a la conversión personal, permitiéndonos romper con todos los lazos que nos esclavizan, y como fruto de esa comunión con el Señor Resucitado, se acrecientan en el interior del corazón los vínculos de cooperación y solidaridad con nuestros hermanos.

En efecto, todo encuentro con Cristo Nuestro Señor tiene siempre una fuerza transformadora que supone un auténtico proceso de conversión; en el Evangelio son muchos los relatos que así lo manifiestan. Basta pensar, por poner sólo algunos ejemplos, en el encuentro de Jesús con

22. CARDENAL N. DE J. LÓPEZ RODRÍGUEZ, «Los principales desafíos pastorales planteados por el Santo Padre en la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*», en *Iglesia en América. Al encuentro con Jesucristo vivo, Actas...*, 38.

23. CARDENAL J. SANDOVAL, «América Latina y la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Ecclesia in America*», en *Iglesia en América. Al encuentro con Jesucristo vivo, Actas...*, 92.

24. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 7.

la samaritana (cfr. Jn 4, 5-42), con Zaqueo (cfr. Lc 19, 1-10), con los dos discípulos de Emaús (cfr. Lc 24, 13-35), con San Pablo (cfr. Hch 9, 3-30; 22, 6-11; 26, 12-18), etc. En todos los casos el Señor ilumina la inteligencia y enciende el corazón de quienes le escuchan, provocando la conversión, el cambio muchas veces radical de la propia existencia.

Ese trato íntimo con Jesús —para quienes no se cierran al cambio de vida al que Él nos invita (cfr. Lc 8, 18-23)— transforma a los oyentes haciéndoles capaces de amar con el mismo amor de Dios, y les prepara para «ser agentes de la transformación del mundo, instaurando en él una nueva civilización..., la civilización del amor»²⁵. Por tanto, es Jesús el camino a seguir para llegar a la plena realización personal que culmina con el encuentro definitivo y eterno con Dios; es Jesucristo «la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida y a los interrogantes fundamentales que asedian también hoy a tantos hombres y mujeres del continente americano»²⁶.

Sólo el encuentro personal con Cristo hace «posible que la nueva evangelización produzca un espléndido florecimiento de vida cristiana»²⁷, porque sólo a través de ese contacto personal con Jesús se consolida y madura la fe, haciéndola viva y operante.

3.1. *¿Dónde y cómo encontrar a Jesucristo?*

La Nueva Evangelización, por tanto, supone un esfuerzo de la Iglesia por ayudar a todos los hombres a conseguir esa profunda conversión del corazón a la que conduce el encuentro con el Señor. Ahora bien, para que la búsqueda de Cristo presente en su Iglesia no se reduzca a algo meramente abstracto, es necesario mostrar los lugares y momentos en los que, dentro de la Iglesia, es posible encontrarlo²⁸.

Son muchos obviamente los lugares de encuentro con Cristo. Sin menospreciar ninguno de ellos —porque cada uno tiene su importancia específica— quisiera detenerme particularmente en uno: los Sacramen-

25. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 10.

26. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 10.

27. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 11.

28. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 12.

tos, en los que actúa de una manera misteriosa la fuerza eficaz de Jesucristo. La soberanía de Cristo es un aspecto importante de su Redención, junto a sus funciones profética y sacerdotal. Como en esos otros ministerios salvíficos, Jesucristo ejerce su señorío durante su existencia terrena cuando perdona los pecados y vence al demonio, cuando cura enfermedades y realiza milagros, cuando predica la palabra con autoridad, cuando funda la Iglesia, sacramento universal de salvación, y cuando con su muerte en la Cruz vence para siempre a la muerte.

La Iglesia participa de este poder real de Cristo, sobre todo cuando destaca claramente «la primacía de la gracia de Dios que salva por Jesucristo en la Iglesia, particularmente a través de la eficacia de los sacramentos»²⁹. Los Obispos son conscientes de la gran importancia de esta dimensión sacramental de la vida cristiana, y por eso en Santo Domingo subrayaban con fuerza que «es preciso anunciar de tal manera a Jesús, que el encuentro con Él lleve al reconocimiento del pecado en la propia vida y a la conversión, en una experiencia profunda de la gracia del Espíritu recibida en el bautismo y en la confirmación. Esto supone una valoración del sacramento de la penitencia, cuya pastoral debería prolongarse en la dirección espiritual de quienes muestran la madurez suficiente para aprovecharla»³⁰.

En definitiva: se trata de provocar en todos los hombres la conversión del corazón y el deseo firme de imitar a Jesucristo, de tal manera que esa predicación de Jesús muestre a cada uno la exigencia ineludible de acomodar la conducta al modelo que Él nos ofrece. La coherencia de la vida de los cristianos con su fe es condición de la eficacia de la Nueva Evangelización³¹.

La misma idea será recogida por el Papa después del Sínodo Especial para América³²: «la espiritualidad cristiana se alimenta ante todo de una vida sacramental asidua, por ser los Sacramentos raíz y fuente innegotable de la gracia de Dios, necesaria para sostener al creyente en su peregrinación terrena. Esta vida ha de estar integrada con los valores de su piedad popular, los cuales a su vez se verán enriquecidos por la práctica sacramental y libres del peligro de degenerar en mera rutina». Cada uno

29. *Documento de Santo Domingo*, cit., 45.

30. *Documento de Santo Domingo*, cit., 46. Sobre la necesidad de la dirección espiritual cfr. 42.

31. *Documento de Santo Domingo*, cit., 46.

32. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 29.

de los Sacramentos ofrece una excelente oportunidad para dar a los fieles una buena evangelización y catequesis, y si la administración de alguno de ellos está pasando por un momento de crisis, como sucede en algunos sitios con el sacramento de la Reconciliación, esa situación crítica podrá superarse con la acción pastoral continuada y paciente³³.

La vida sacramental de la Iglesia llega a su plenitud con la Eucaristía, que «continúa siendo el centro vivo y permanente en torno al cual se congrega toda la comunidad eclesial..., el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo»³⁴. En efecto, en la Eucaristía se da una presencia real de Cristo que, como señalaba Pablo VI, «se llama “real” no por exclusión, como si las otras presencias no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es substancial». Bajo las especies del pan y del vino «Cristo todo entero está presente en su “realidad física” aún corporalmente»³⁵.

Toda la existencia terrena de Jesucristo, Sacerdote para siempre, es sacerdotal por su ofrecimiento interno de amor y de obediencia al Padre. Este ofrecimiento es real ya desde el primer momento de su vida, aunque llega a su perfección cuando el Señor se entrega en la Cruz. Las distintas etapas de su vida son parte de una unidad en la cual se vuelven salvíficas, ya que todas son acciones de la Persona del Hijo de Dios hecho Hombre, que siempre obedeció a su Padre con la plenitud de su amor. Esos sentimientos que llevaron a Jesús al Sacrificio de la Cruz, son los que deben animar el corazón de quienes lo siguen porque han aceptado su Evangelio.

Como la actitud de ofrenda de Jesús al Padre permanece en la eternidad, y por eso intercede por los hombres para siempre, su Sacrificio Pascual extiende su presencia salvadora a lo largo de la historia. La salvación por intercesión de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, se realiza en el acontecer cotidiano de todos los que viven por la fe y la caridad su sacerdocio bautismal, aunque este mismo acontecer salvífico de la vida de cada día está en conexión muy particular con la celebración de la Eucaristía.

Toda Eucaristía «es cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia, y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza...; así como la celebración de la Última Cena está esencialmente unida a la vida

33. Sobre la crisis actual del sacramento de la Penitencia, cfr. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 32.

34. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 35.

35. PABLO VI, *Encíclica Mysterium fidei*: AAS 57 (1965) 764, 766.

y al sacrificio de Cristo en la Cruz, y lo hace cotidianamente presente para la salvación de todos los hombres, así también los que alaban a Dios reunidos en torno al Cordero son los que muestran en sus vidas los signos testimoniales de la entrega de Jesús»³⁶. Por este motivo el Documento elaborado por los Obispos en Santo Domingo recalca el valor evangelizador que tiene la liturgia, que «hace presente a Cristo Salvador..., es anuncio y realización de los hechos salvíficos..., es ejercicio de fe, tanto para el de fe robusta como para el de fe débil, e incluso para el no creyente..., sostiene el compromiso con la promoción humana..., permite al Evangelio penetrar en el corazón mismo de las culturas»³⁷.

Sólo en la Eucaristía nos hacemos plenamente conscientes del modo y la medida en que Cristo llega a nosotros como primer Evangelizador, porque al comer su Cuerpo y beber su Sangre participamos en el mismo Sacrificio de Jesús. Cada vez que se celebra la Eucaristía se realiza y revela el misterio de la salvación, culminando en ella el Evangelio como anuncio, celebración y comunión. Por eso decimos después de la consagración eucarística: *Anunciamos tu muerte, proclamamos tu Resurrección, ven Señor Jesús*. Todos los otros momentos de la Evangelización tienden a la Eucaristía como a su plenitud.

4. CULTURA CRISTIANA Y SOLIDARIDAD HUMANA

El anuncio de Jesucristo y del Reino de Dios en la tierra trajo como consecuencia, ya desde el inicio de la evangelización en América, que se forjara y extendiera una nueva cultura, la cultura cristiana. Donde quiera que penetra el Evangelio, aparece un nuevo concepto del hombre y de la vida. En los diversos pueblos evangelizados había un modo de pensar, de sentir, que fue desapareciendo o modificándose a medida que penetraba en ellos la luz de Jesucristo, que había venido a la tierra precisamente para ser la *luz del mundo*.

Las enseñanzas de Cristo sobre la filiación divina, la esperanza de la vida eterna, la pureza de corazón, el amor fraterno, la mortificación y el dominio de sí mismo, son un constante impulso hacia una radical no-

36. *Documento de Santo Domingo*, cit., 34.

37. *Documento de Santo Domingo*, cit., 35, 43, 51.

vedad en la vida del hombre y de la sociedad, y hacen surgir esa nueva cultura que el creyente y seguidor de Cristo va generando y que da lugar a nuevos cristianos.

Así sucedió en América: «la presencia creadora, providente y salvadora de Dios acompañaba ya la vida religiosa de estos pueblos. Las “semillas del Verbo”, presentes en el hondo sentido religioso de las culturas precolombinas, esperaban el fecundo rocío del Espíritu. Tales culturas ofrecían en su base, junto a otros aspectos necesitados de purificación, aspectos positivos como la apertura a la acción de Dios, el sentido de la gratitud por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana y la valoración de la familia, el sentido de solidaridad y la corresponsabilidad en el trabajo común, la importancia de lo cultural, la creencia en una vida ultraterrena, y tantos otros valores que enriquecen el alma latinoamericana. Esta religiosidad natural predisponía a los indígenas americanos a una más pronta recepción del Evangelio»³⁸.

La historia muestra que, con independencia de las sombras que también se dieron, «se llevó a cabo una válida, fecunda y admirable obra evangelizadora y que, mediante ella, se abrió camino de tal modo en América la verdad sobre Dios y sobre el hombre que, de hecho, la evangelización misma constituye una especie de tribunal de acusación para los responsables de aquellos abusos»³⁹.

El camino, señala el Documento de Santo Domingo, ha sido el de siempre: primero el anuncio de Jesucristo, Evangelio del Padre; después la catequesis y la vida sacramental; y como fruto de esta acción, la promoción humana, cultural y social. La labor de evangelización necesariamente debe prestar atención a los problemas humanos de los hombres, impidiendo que se practique entre ellos una espiritualidad desencarnada. En los siglos que el Evangelio de Cristo lleva implantado en América Latina, son incontables los testimonios de amor al hombre por parte de los evangelizadores, llenos del deseo de transformar sus lamentables condiciones de pobreza y de fomentar el progreso de los pueblos. Por mencionar sólo algunos ejemplos, es evidente que el pensamiento, las obras y el testimonio de personas como Tata Vasco, Bartolomé de las Casas, Toribio de Benavente (Motolinía), Ju-

38. *Documento de Santo Domingo*, cit., 17.

39. *Documento de Santo Domingo*, cit., 18.

nípero Serra, Julián Garcés, Pedro de Gante, Francisco Clavijero y muchos otros más, contribuyeron enormemente no sólo a la creación de propuestas integrantes de promoción y liberación cristiana, sino a la integración de pueblos y culturas en una nueva comprensión del mundo y de la historia.

La Nueva Evangelización no puede desentenderse de las necesidades humanas de los pueblos, y necesariamente debe «proyectarse en un mayor compromiso por la promoción integral del hombre»⁴⁰. Entre evangelización y promoción humana hay lazos estrechísimos, porque «el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos, y también porque el plan de Redención llega hasta situaciones muy concretas de injusticia a las que hay que combatir, y de justicia que hay que restaurar»⁴¹.

Por este motivo el Documento de Santo Domingo dedica dos capítulos a la promoción humana y a la cultura cristiana. Y la razón es siempre cristológica: «nuestra fe en el Dios de Jesucristo y el amor a los hermanos tiene que traducirse en obras concretas. El seguimiento de Cristo significa comprometerse a vivir según su estilo»⁴². Imitando a Jesucristo, el primer Evangelizador, la Iglesia se preocupa de promover y garantizar la dignidad de la persona humana y de sus derechos⁴³, conservar el medio ambiente tal como lo hemos recibido de Dios⁴⁴, dar a todos la posibilidad de cuidar y hacer producir la tierra⁴⁵, comprometerse en la opción preferencial por los pobres y marginados, «firme e irrevocable pero no exclusiva ni excluyente»⁴⁶, humanizar el mundo del trabajo⁴⁷, cuidar los derechos de los inmigrantes⁴⁸, vigilar que se viva el orden democrático⁴⁹, promover el respeto a la dignidad de la mujer⁵⁰, etc.

Especial importancia dan el Romano Pontífice y los Obispos latinoamericanos a todos los desafíos que al inicio del tercer milenio se plantean

40. *Documento de Santo Domingo*, cit., 1.

41. *Documento de Santo Domingo*, cit., 157.

42. *Documento de Santo Domingo*, cit., 160.

43. Cfr. *Documento de Santo Domingo* 164-168; *Ecclesia in America*, cit., 19, 57.

44. Cfr. *Documento de Santo Domingo* 169; *Ecclesia in America*, cit., 25.

45. Cfr. *Documento de Santo Domingo*, cit., 171-177.

46. Cfr. *Documento de Santo Domingo* 178-180; *Ecclesia in America*, cit., 58.

47. Cfr. *Documento de Santo Domingo* 182-185; *Ecclesia in America*, cit., 54.

48. Cfr. *Documento de Santo Domingo* 186-188; *Ecclesia in America*, cit., 65.

49. Cfr. *Documento de Santo Domingo* 190-193; *Ecclesia in America*, cit., 63.

50. Cfr. *Ecclesia in America*, cit., 45.

a la familia, santuario de la vida, «que es víctima de muchas fuerzas que tratan de destruirla o deformarla»⁵¹, implantando una cultura de la muerte que contradice intrínsecamente el plan de Dios Creador y Redentor⁵².

5. CAMINOS PARA LA SOLIDARIDAD

Necesariamente tiene que ser así, porque el encuentro personal con Cristo, si es auténtico, acrecienta siempre los vínculos de cooperación y solidaridad que hacen más viva la obra salvadora de Cristo: «en verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40). La comunión con Cristo, fuente de toda conversión, «lleva a servir al prójimo en todas sus necesidades, tanto materiales como espirituales, para que en cada hombre resplandezca el rostro de Cristo»⁵³.

De aquí surge esa preocupación que siempre han tenido las Iglesias particulares en América por vivir solidariamente con todos los hombres, por compartir los dones espirituales y materiales recibidos de Dios, por ayudar a quienes más necesidad tienen. «Partiendo del Evangelio se ha de promover una cultura de solidaridad que incentive oportunas iniciativas de ayuda a los pobres y marginados... La Iglesia en América ha de alentar también a los organismos internacionales del Continente con el fin de establecer un orden económico en el que no domine sólo el criterio de lucro, sino también la búsqueda del bien común nacional e internacional, la distribución equitativa de los bienes y la promoción integral de los pueblos»⁵⁴.

Esto implica para nosotros un esfuerzo que contribuya a crear una verdadera cultura globalizadora de la solidaridad⁵⁵; a desarraigar de nuestros pueblos tantos pecados sociales que claman al cielo porque generan

51. *Documento de Santo Domingo*, cit., 210; cfr. *Ecclesia in America*, cit., 46.

52. Cfr. *Documento de Santo Domingo*, cit., 210-227; *Ecclesia in America*, cit., 107. Cfr. F. SANZ LACALLE, «La defensa de la vida y los derechos humanos», en *La Iglesia en América. Al encuentro con Jesucristo vivo, Actas...*, 235-240.

53. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 52.

54. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 52. Sobre el problema de la deuda externa, cfr. 22, 59, y CARDENAL J. L. ORTEGA Y ALAMINO, «La deuda externa», en *La Iglesia en América. Al encuentro con Jesucristo vivo, Actas...*, 85-90.

55. Cfr. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 20, 55.

violencia⁵⁶; a erradicar la corrupción⁵⁷ y todos los problemas generados por la producción y el comercio de las drogas⁵⁸; y, sobre todo, a hacer respetar los inviolables derechos humanos que se fundamentan en la dignidad de la persona⁵⁹.

Ésta es la tarea, la misión de la Iglesia en América: la Nueva Evangelización. Y como ya quedó dicho, «cada cristiano podrá llevar a cabo eficazmente su misión en la medida en que asuma la vida del Hijo de Dios hecho hombre como el modelo perfecto de su acción evangelizadora. La sencillez de su estilo y sus opciones han de ser normativas para todos en la tarea de la evangelización»⁶⁰.

Sólo el encuentro con Cristo produce una profunda transformación en quienes no se cierran a Él, y sólo de esta transformación surgirá el impulso real y efectivo de comunicar a nuestros hermanos la riqueza adquirida en ese encuentro. «No se trata sólo de enseñar lo que hemos conocido, sino también, como la mujer samaritana, de hacer que los demás encuentren personalmente a Jesús: “venid a ver” (Jn 4, 29). El resultado será el mismo que se verificó en el corazón de los samaritanos, que decían a la mujer: “ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4, 42). La Iglesia, que vive de la presencia permanente y misteriosa de su Señor resucitado, tiene como centro de su misión llevar a todos los hombres al encuentro con Jesucristo»⁶¹.

No hay otro camino; así lo enseñaron los Obispos latinoamericanos en la Conferencia de Santo Domingo, así lo ratificaron todos los Obispos del Continente en el Sínodo especial para América, y así nos lo recuerda el Papa Juan Pablo II: «el ardiente deseo de invitar a los demás a encontrar a Aquel a quienes nosotros hemos encontrado, está en la raíz de la misión evangelizadora que incumbe a toda la Iglesia, pero que se hace especialmente urgente hoy en América, después de haber celebrado los 500 años de la primera evangelización y mientras nos disponemos a

56. Cfr. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 56.

57. Cfr. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 23, 60.

58. Cfr. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 24, 61.

59. Cfr. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 19, 57.

60. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 67.

61. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 68.

conmemorar agradecidos los 2000 años de la venida del Hijo unigénito de Dios al mundo»⁶².

La historia de América está llena del ejemplo de hombres y mujeres que se han encontrado con Cristo vivo de un modo tan profundo y comprometido, que llenos de ese fuego divino que lo consume todo, han sabido construir su Reino en la tierra. Desde aquella primera flor de santidad en el Nuevo Mundo, Santa Rosa de Lima, hasta los más recientemente canonizados Santa Paulina do Coração Agonizante di Gesù, San Pedro de San José Betancurt y San Juan Diego, «los Beatos y Santos de América acompañan con solicitud fraterna a los hombres y mujeres de su tierra que, entre gozos y sufrimientos, caminan hacia el encuentro definitivo con el Señor»⁶³.

En esta perspectiva —y en total continuidad con las anteriores Conferencias, y con el Sínodo de Obispos de América— el Papa Benedicto XVI ha escogido el tema para la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y del Caribe que se celebrará en el año 2007: *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida*. Y como una aportación suya personal, ha propuesto como subtítulo la frase del Evangelio de San Juan *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Juan 14, 6). El Santo Padre manifestó también que el inicio del tercer milenio y sus enormes desafíos deben ser el contexto que debe afrontar la asamblea episcopal, y que tales circunstancias no pueden olvidarse en la reflexión que allí se haga.

6. LA ESTRELLA DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

No podemos terminar sin poner de relieve el papel que la Virgen Santísima ha tenido en la Iglesia peregrina en América desde su naci-

62. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 68.

63. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 15. Entre otros, el Papa cita a los mártires Juan de Brebeuf y sus siete compañeros, Roque González y sus dos compañeros, los santos Elizabeth Ann Seton, Margarita Bourgeoys, Pedro Claver, Juan del Castillo, Rosa Philippine Duchesne, Margarita d'Youville, Francisco Febres Cordero, Teresa de los Andes, Juan Macías, Toribio de Mogrovejo, Ezequiel Moreno, Juan Nepomuceno Neumann, María Ana de Jesús Paredes, Martín de Porres, Alfonso Rodríguez, Francisco Solano, Francisca Xaviera Cabrini; los beatos José de Anchieta, Katherine Drexel, María Encarnación Rosal, Rafael Guízar Valencia, Dina Bélanger, Alberto Hurtado, Elías del Socorro Nieves, María Francisca de Jesús Rubato, Mercedes de Jesús Molina, Narcisca de Jesús Martillo, Miguel Agustín Pro, María de San José Alvarado, Junípero Serra, Kateri Tekawitha, Laura Vicuña, Antonio de Sant'Anna, y tantos otros que son invocados con fe y devoción por los pueblos de América.

miento. En todas partes del Continente la presencia de la Madre de Dios ha sido intensísima desde los días de la primera evangelización, y la aparición de María a Juan Diego en la colina del Tepeyac en 1531, tuvo una repercusión decisiva en la evangelización de todo el Continente. «Con sus apariciones al Beato (ahora Santo) Juan Diego, en aquel invierno florido de 1531, María de Guadalupe, “la perfecta siempre Virgen, la Madre del Verdadero Dios por quien se vive” (*Nican Mopohua*) inicia el anuncio del Evangelio del Tepeyac, perfectamente inculturado, para que lo apreciemos en nuestra sangre mestiza, en nuestra piel morena, en nuestro idioma. De ahí arranca la piedad y todas esas virtudes, sobre todo las familiares, que Ella, como Madre, sabe que nos acercan a Jesús. Por eso el Santo Padre la proclama “Madre y Evangelizadora de América”»⁶⁴.

El rostro mestizo de la Virgen de Guadalupe fue, desde el inicio, «un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada»⁶⁵. «Los indios desde el principio vieron en Ella un código de lo que Dios quería para el México naciente: presencia maternal de Dios, bondad, ternura, misericordia, unión, paz. Lo entendieron y lo vivieron. Las conversiones se daban por millones, desde Nicaragua hasta California. Ellos se hacían bautizar y formaban comunidades cristianas de serio compromiso al lado de los íntegros misioneros que, por buena fortuna, llegaron a nuestras tierras»⁶⁶.

A María Santísima de Guadalupe Patrona de toda América y Estrella de la primera y de la Nueva Evangelización, le pedimos que «guíe con su intercesión maternal a la Iglesia de este Continente, alcanzándole la efusión del Espíritu Santo como en la Iglesia naciente, para que la nueva evangelización produzca un espléndido florecimiento de vida cristiana»⁶⁷.

Mons. Alfonso MONROY

Facultad de Teología

Pontificia Universidad de la Santa Cruz

ROMA

64. CARDENAL N. RIVERA CARRERA, «María, primera Evangelizadora de América», en *Iglesia en América. Al encuentro de Jesucristo Vivo, Actas...*, cit., 96.

65. JUAN PABLO II, *Discurso de inauguración de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*: ASS 85 (1993), 826.

66. CARDENAL N. RIVERA CARRERA, «María, primera...», cit., 98.

67. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, cit., 11.